

# LIGERAS CONSIDERACIONES

SOBRE LA INFLUENCIA QUE TIENE

# LA MORAL EN LAS ENFERMEDADES

PRINCIPALMENTE

BAJO EL PUNTO DE VISTA ETIOLÓGICO Y TERAPÉUTICO.

## TESIS INAUGURAL

QUE

PARA EL EXAMEN PROFESIONAL DE MEDICINA, CIRUJIA Y OBSTETRICIA

Presenta al Jurado de Calificación

## GERMAN OCHOA Y TAPIA

Alumno

de la Escuela Nacional de Medicina de México.

---

*Mens agitat molem.*

El espíritu agita á la materia.

Bouchut.

---



MÉXICO

IMPRENTA DE FRANCISCO DIAZ DE LEON

Calle de Lerdo número 3.

1881



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Handwritten notes in the left margin, including the word "BIOLOGIA" and other illegible text.

THE NATIONAL ACADEMY OF SCIENCES  
OF THE UNITED STATES OF AMERICA

GERMAN CHINA TREATY



THE NATIONAL ACADEMY OF SCIENCES  
OF THE UNITED STATES OF AMERICA

A LA SAGRADA MEMORIA  
DE MI IDOLATRADA MADRE

---

A MI EXCELENTE,

INCOMPARABLE,

BUENO Y QUERIDO PADRE,

Por cuya solicitud,  
verdaderamente sin límites, he podido llegar al término de mi carrera.

---

A MIS BUENOS HERMANOS

---

A MIS QUERIDOS TIOS

1810  
1811  
1812  
1813  
1814  
1815  
1816  
1817  
1818  
1819  
1820  
1821  
1822  
1823  
1824  
1825  
1826  
1827  
1828  
1829  
1830  
1831  
1832  
1833  
1834  
1835  
1836  
1837  
1838  
1839  
1840  
1841  
1842  
1843  
1844  
1845  
1846  
1847  
1848  
1849  
1850  
1851  
1852  
1853  
1854  
1855  
1856  
1857  
1858  
1859  
1860  
1861  
1862  
1863  
1864  
1865  
1866  
1867  
1868  
1869  
1870  
1871  
1872  
1873  
1874  
1875  
1876  
1877  
1878  
1879  
1880  
1881  
1882  
1883  
1884  
1885  
1886  
1887  
1888  
1889  
1890  
1891  
1892  
1893  
1894  
1895  
1896  
1897  
1898  
1899  
1900

AL SEÑOR DOCTOR

FRANCISCO ORTEGA

DIRECTOR

DE LA ESCUELA NACIONAL DE MEDICINA

---

AL MODESTO

y Eminente Cirujano

DR. EDUARDO LICEAGA

---

AL TOCOLOGISTA MEXICANO

DR. JUAN MARIA RODRIGUEZ

Handwritten text in the left margin, including a circular stamp with the number 59 and other illegible markings.

Faint, mirrored text visible through the paper, likely bleed-through from the reverse side. The text is mostly illegible but appears to contain several lines of a document or list.

AL

SR. DR. RAFAEL LUCIO

---

AL SEÑOR DOCTOR

JOSE MARIA BANDERA

---

A MI QUERIDO MAESTRO

EL SEÑOR DOCTOR JOSE MUYCELO

1810  
1811  
1812  
1813  
1814  
1815  
1816  
1817  
1818  
1819  
1820

---

No tengo, absolutamente no tengo la pretension, de que á estos desaliñados renglones, sin orden y sin método, pueda dárseles el título de tesis, no; si los he escrito ha sido únicamente por cumplir con la ley que esto exige á todo aquel que desea obtener el noble título de médico, tantas veces por él soñado, y que se adquiere á fuerza de tantos desvelos, sacrificios, privaciones, disgustos y contrariedades. Tampoco creo haber adquirido todos los conocimientos que solo con el tiempo, con la práctica, á fuerza de estudio y trabajo adquiere el médico, pues desgraciadamente me he convencido de que el estudio de la medicina es vastísimo, y que la vida del hombre, por larga que esta sea, es corta, muy corta para abarcarlo en su totalidad; puede abarcarse, puede conocerse á fondo una ó varias de sus numerosas ramas, pero todas, jamás. Ningun médico es especialista en todos, absolutamente en todos los ramos de la medicina, esto seria pedir un imposible. Digo que, si no he adquirido todos los conocimientos que con el tiempo alcanza el médico, si creo tener, ó por lo menos he procurado adquirir los que son indispensables para ejercer con conciencia, la noble, pero difícil y espinosa

carrera de la medicina. El punto que por tésis he elegido, lo comprendo, es difícil y demasiado extenso para mis escasas fuerzas, y si me he fijado en él, ha sido porque he visto que no se le da ninguna importancia, que se le ve con una completa indiferencia (al menos en los hospitales), y creo que la moral es una poderosa arma, que cuando se sabe esgrimir, se obtienen por medio de ella victorias sorprendentes é inesperadas. Vuelvo á repetir que estoy muy lejos de creer que he llenado el objeto que me he propuesto; al contrario, el estudio que he hecho, conozco que es demasiado imperfecto, pues lo que digo es poco, muy poco sobre materia tan importante, y creo que cualquiera persona de mediana inteligencia hubiera escrito sobre ella volúmenes enteros sin agot. . . etc., etc., pero dejemos esto, y vamos al grano.

---

Es muy difícil, por no decir imposible, hacer una buena clasificación de las afecciones morales; por consiguiente no me meteré en ese intrincado laberinto, del cual con dificultad saldria; consideradas bajo el punto de vista médico, se pueden dividir en dos grupos. En general, las grandes emociones del alma son agradables ó desagradables, y segun que son estas ó aquellas, producen resultados completamente opuestos sobre el organismo; pero no nos divaguemos.

Véamos, 1º *Las enfermedades que la moral puede producir, y despues veremos las enfermedades que la moral puede curar.*

Empezaremos por el *Sistema nervioso*.—Las causas morales tienen una accion muy marcada sobre el cerebro: noticias funestas dadas repentinamente pueden matar en un instante al hombre más robusto, sin que á la autopsia se descubra ninguna lesion capaz de explicar la muerte. Leon X murió cuando le anunciaron los desastres que habian sufrido los franceses.

La vista de ciertos objetos suele ser fatal. Cuando Luis de Borbon hizo abrir la tumba de su padre para tener la satisfaccion de verlo, este espectáculo causó en él una impresion tan fuerte y tan viva, que allí mismo murió. ¿Y quién lo creyera? ¡Hasta

parece imposible! La alegría cuando es muy fuerte puede traer las mismas consecuencias. De alegría murió Diágoras, al saber que sus tres hijos habian salido vencedores en los juegos olímpicos. De alegría murió Sófocles cuando le presentaron la corona del reino, á la cual ya no tenia esperanza ninguna por su edad tan avanzada.

Cuando las emociones del alma no son tan fuertes, producen efectos ménos violentos. Todas las pasiones egoistas, como la avaricia, el orgullo, la ambicion, cuando son muy exageradas, producen numerosos desórdenes en la inervacion. La mayor parte, por no decir todos los suicidas, no toman la resolucion solemne y contranatural de quitarse la vida, sino despues que afecciones morales han venido á obrar, más ó ménos profundamente, sobre el cerebro, lo han alterado, al grado que muchos de estos desgraciados no se suicidan sino cuando ya están completamente locos. Esta enfermedad, la locura, casi puede decirse que no reconoce otra causa que las afecciones morales. ¡Cuántas personas hay, por ejemplo, que pierden el juicio al saber que se han sacado una lotería! ¡Cuántas otras hay que se han vuelto locas al saber de una manera violenta que se les ha muerto una persona querida!

El sistema nervioso artesódico y quinesódico es atacado muchas veces por una afeccion moral fuerte. Todo el mundo sabe que bajo el influjo del temor que despierta un peligro inminente, la lengua se paraliza y con ella los músculos que intervienen en la fonacion, y es entónces imposible pronunciar un sonido articulado, ni aun siquiera lanzar un grito para implorar auxilio; y sucede muchas veces que los miembros flaquean, se doblan, completamente se paralizan, cuando el individuo, presa de semejante terror, quiere huir ante el peligro que lo amenaza, y siente aterrorizado que sus miembros no obedecen á su voluntad, precisamente en el momento más crítico; cuando quiere correr con más

rapidez se siente entónces retenido como una estatua, por una fuerza irresistible, ó cae al suelo transido de pavor y bañado de un sudor frio, cuando apénas ha querido dar el primer paso.

Lo mismo pasa con los nervios de la sensibilidad, que pueden perder sus funciones por un tiempo más ó ménos largo: una abstraccion profunda puede sustraer á una persona del mundo exterior, privarla completamente de sus sentidos, al grado de no ser impresionada por los ruidos más fuertes, y es entónces incapaz, en esos momentos, de percibir las impresiones tactiles ó dolorosas; esto pasa en el éxtasis en que el individuo pierde completamente la conciencia de todo lo que le rodea; esto pasa á los sabios abstraídos en sus elucubraciones científicas. Sócrates, en una meditacion profunda, quedó inmóvil durante muchas horas, expuesto á los rayos ardientes de un sol tropical abrasador. Arquímedes, ocupado en resolver un importante problema de matemáticas, no sintió el sitio de Siracusa, ni se apercibió del golpe mortal que se le dirigiera.

Es probable que por intermedio del sistema nervioso la sangre se altere á consecuencia de las emociones morales fuertes, ó lentas pero continuas. La temperatura aumenta en un acceso de cólera como en un acceso de fiebre. Un temor muy grande, una pena repentina y fuerte, producen algunas veces instantáneamente la hidroemia, la aglobulia y la clorosis. El disgusto, la tristeza, la nostalgia, tienen una accion muy marcada para la produccion de ciertas enfermedades; así predisponen á la fiebre tifoidea y á otras muchas.

Las emociones morales obran igualmente sobre el corazon, y por consiguiente sobre todo el sistema circulatorio. Muchas enfermedades de este órgano tienen por causa emociones morales, que han venido á obrar más ó ménos profundamente sobre él. Es en la region precordial que se siente la primera sacudida; es hácia este punto que dirige su mano instintivamente el individuo

que sufre, y este dolor es algunas veces tan fuerte, que la pérdida de la vida puede ser el resultado; y en este caso la muerte es producida por un síncope, por una abolición repentina de la circulación, y la muerte definitiva sigue á la muerte parcial.

Si las emociones morales no son tan fuertes, pero continuas, sobrevienen palpitaciones y aun hipertrofias. Muchas de las enfermedades del corazón no tienen otra causa, y los aneurismas de los gruesos vasos del tórax, muchos de ellos no tienen otro origen.

Pero nunca las palpitaciones producidas por las emociones morales son tan perjudiciales como cuando existe ya una lesión valvular, con adelgazamiento ó degeneración grasosa de las paredes del músculo cardíaco, ó cuando existe un aneurisma de paredes delgadas; entónces las palpitaciones pueden determinar la ruptura del corazón ó del saco aneurismal, produciéndose de esta manera una muerte súbita.

Las simpatías que unen el cerebro y el corazón son tales, que todo lo que obra sobre uno de estos órganos obra sobre el otro, y se produce entónces una perturbación enorme de las principales funciones del organismo.

Las emociones morales obran igualmente sobre los pulmones; así algunas veces vienen dispnéas repentinas bajo la influencia de malas noticias; pero rara vez se pueden demostrar estos fenómenos aislados en este órgano. El corazón y el cerebro tienen relaciones tan íntimas con los pulmones, que las perturbaciones de los dos primeros órganos obran sobre el último. Se comprende desde luego que hasta la muerte puede sobrevenir bajo la influencia de emociones morales fuertes; pues estas atacan los tres órganos más importantes, los tres órganos indispensables para la vida. El tripié vital de Bichat.

El aparato digestivo, resiente igualmente la influencia de la moral, si esta acción se continúa por algún tiempo, aparecen lesiones poco graves en apariencia, pero que al fin y al cabo con-

cluyen por alterar profundamente la víscera llamada estómago; así, primero la digestion se interrumpe, porque el jugo gástrico cesa de secretarse, el intestino se contrae, y los folículos secretan mucosidades en tal abundancia, que se produce la diarrea; y esto se ve, sobre todo, por un temor muy fuerte. Sucede de la misma manera con la orina, que es expulsada con violencia; y bajo este punto, la vejiga y el recto sufren la misma influencia. Es á consecuencia de las pasiones tristes y depresivas que muchos cánceres del estómago se desarrollan.

En todos estos casos, las funciones del estómago se alteran, los líquidos secretados por los folículos y por el hígado, pierden sus cualidades, y, por consiguiente, la digestion no se hace bien; y si esto continúa por algun tiempo, la nutricion se perturba, el movimiento de desasimilacion es más considerable que el de asimilacion, la sangre se empobrece y sobreviene un estado de languidez y de debilidad muy marcada. La dispepsia es el primer fenómeno que aparece; vienen despues las perturbaciones de la circulacion, el estado cloro-anémico, las neuralgías, la hipocondría, la monomanía del suicidio y hasta la demencia.

Las emociones morales influyen de una manera muy notable sobre la glándula hepática. Un temor repentino, una cólera violenta, son frecuentemente seguidos de una ictericia más ó ménos intensa. Muchas degenerescencias que se observan en el hígado son producidas por las pasiones concentradas que sobre él obran. La cirrosis, los cálculos biliares, los quistes, son producidos por disgustos prolongados, por dolores constantes, por los reveses de la fortuna, y por otra multitud de tribulaciones que persiguen sin cesar al hombre en todas las posiciones sociales.

Las glándulas lacrimales secretan á veces en abundancia, cuando una causa moral triste obra sobre el cerebro: el mismo fenómeno se produce, aunque á un grado más débil, con la alegría; en efecto, se llora de alegría, como se llora de tristeza. Las glán-

dulas salivares secretan á veces con abundancia, al solo recuerdo de una sustancia sávida y agradable; la secrecion salivar, en un acceso de cólera, á veces disminuye de una manera notable, se seca la boca, como se dice comunmente; á veces, por el contrario, aumenta considerablemente; se dice entónces, que se espumea de rabia, y parece que la saliva de un individuo, en estas condiciones, tiene ciertas propiedades virulentas.

En las nodrizas, la secrecion de la leche está bajo la influencia de las emociones morales fuertes. Este líquido cambia de naturaleza, adquiere á veces propiedades fatales y puede producir en el niño, graves accidentes. Se ve, desde luego, cuánto importa sustraer á las nodrizas de la influencia de las pasiones; estas pueden suprimir la secrecion láctea, ó alterarla. Ha sucedido muchas veces á las nodrizas de las casas opulentas, el írseles suprimiendo la leche, por solo el temor infundado de perderla y de perder, con ella, una posicion lucrativa.

La secrecion del moco, del pus, su buena constitucion se modifica profundamente bajo la influencia de la moral. El temor agrava el mal estado de las heridas, las predispone á la esfacela, y algunos cirujanos creen que puede producir la infeccion purulenta; miéntras que, por el contrario, la esperanza facilita su cicatrizacion. Las estadísticas probaron claramente que durante la guerra franco-prusiana, que tanto abatió el orgullo del pueblo frances, la mortalidad, en este, aumentó de una manera notable. Es un hecho, y todo el mundo lo sabe, que la mortalidad es más considerable en los heridos del ejército vencido, que en los del vencedor.

La secrecion de la materia pigmentaria de la piel y del cabello puede ser detenida por violentos disgustos, grandes pesares y fuertes temores. Así como ejemplo notable, entre otros muchos, se puede citar el siguiente: En algunas partes de la Cerdeña la caza de los nidos de águilas y buitres, constituye uno de los prin-

cipales recursos de los isleños necesitados, quienes se dedican á ella con tanto denuedo como perseverancia. Bouchut sita el siguiente caso: «Tres hermanos jóvenes, que á esta industria se dedicaban, habiendo observado en las cercanías de San Giovanni de Domus Novas un gran nido de águilas, en el fondo de un precipicio, resolvieron apoderarse de él, é hicieron una rifa para que la suerte designara el que debía bajar. No solo consistia el peligro en la posibilidad de caer en un horroroso precipicio, sino tambien en la agresion de las aves de rapiña que en aquel abismo podia haber.

El de los tres hermanos á quien cupo la suerte, era un robusto y gallardo jóven de veintidos años, de fuerza atlética, y que no conocia dificultades que lo hicieran retroceder en sus empresas. Habiendo recorrido con la vista la profundidad adonde debía bajar, ciñóse una cuerda de gruesos nudos, que sus hermanos debían subir ó bajar segun conviniese; armado con un sable bien afilado bajó el precipicio, y llegó felizmente á la oquedad donde se hallaba el nido, objeto de sus deseos. Habia en el nido cuatro aguiluchos, lo cual era un tesoro para el montañés, cuyo corazon palpitaba de alegría á vista de tan rico botin; pero no habia llegado á lo más difícil de la campaña, era preciso volver á subir con la presa, y aquí estaba el peligro. Ya habia resonado la voz del jóven cazador en las sonoras cavidades del precipicio; ya subia la cuerda con él, cuando se vió de repente asaltado por dos enormes águilas, á las que, por su furor y sus gritos, reconoció como padre y madre de los aguiluchos que acababa de robar. Trabóse entónces una espantosa lucha; apénas bastaba para defenderle de los terribles golpes de las águilas, el sable de que con gran destreza se servia; y para colmo de sus desdichas, siente que súbitamente se agita, por un choque violento, la cuerda que lo sostiene encima de las profundidades del espantoso abismo. Levanta los ojos el desgraciado y observa que con sus redoblados

golpes ha cortado parte de la cuerda. Comprendiendo entónces la inmensidad de su peligro, queda un rato inmóvil del susto; apodérase de su cuerpo un frio glacial, y apénas en medio de esta emociion tan fuerte y terrible, tiene fuerzas para sostener su presa. Sin embargo, sigue la cuerda subiendo y van animándole voces amigas, y cuando llegó al borde del precipicio con el nido de águilas, que no llegó á soltar, sus cabellos, que hasta entónces habian sido de hermoso negro de ébano, se habian vuelto tan completamente blancos, que apénas lo conocian sus mismos hermanos. »

Las emociones del alma, sobre todo las desagradables, alteran la marcha de las enfermedades, aumentan la fiebre, producen indigestiones; á veces producen fenómenos atáxicos, y si el enfermo está en convalecencia, producen recaídas que prolongan y agravan de una manera muy notable la enfermedad.

En los dias en que aparece la menstruacion en las jóvenes, en el estado puerperal, á la edad de la menopausa, las emociones morales tienen entónces una influencia mas marcada que en cualquiera otra época de la vida, porque entónces suprimen ó aumentan las secreciones, alteran los humores y se favorece la produccion de un gran número de enfermedades. Pueden producir fiebres puerperales, hemorragias uterinas, manía puerperal, clorosis y otras muchas afecciones.

Una mujer que se halla en trabajo de parto, este puede suspenderse por la cosa más insignificante: así, hay mujeres que no les gusta que sus maridos se encuentren con ellas en semejantes momentos; otras, por el contrario, quieren que estén con ellas y cerca de ellas, aun recostados en su misma cama y prodigándolas consuelos. Lo que digo del marido se refiere igualmente á otras personas, ya sean conocidas, ya desconocidas de la enferma. El mismo médico suele su presencia repugnar á la mujer, y otras mil cosas que á primera vista parecen insignificantes; mas la ex-

perencia ha enseñado que no lo son, pues basta quitar estas cosas insignificantes á los ojos de las personas vulgares, para que el parto se termine rápidamente. Así, el médico necesita tener mucho tino, sagacidad y prudencia, para hacer retirar todos, absolutamente todos los objetos que disgusten á su enferma: él mismo muchas ocasiones tiene necesidad de ausentarse; al mismo tiempo es un deber de él, procurar por cuantos medios estén á su alcance, no disgustar en nada y por nada á su enferma.

La tristeza, el disgusto, el temor, modifican profundamente (y esto lo comprenden hasta las personas más ignorantes) el carácter, las costumbres y las funciones más importantes del organismo.

Segun Proust, la exhalacion del ácido carbónico por las vías respiratorias, aumenta bajo la influencia de la alegría y disminuye por la tristeza, la inquietud y todas las pasiones depresivas. Y es por esto que el mal humor, la envidia, los celos, la ambicion, producen palidez, agotamiento, anemia, etc., etc.

No cabe duda que el temor de adquirir una enfermedad, cuando es muy fuerte, puede preocupar, y de hecho preocupa al individuo hasta tal punto, que crea sentir con toda claridad los síntomas de la enfermedad temida, lo cual es un tormento moral continuo: cuando este estado nervioso se prolonga mucho tiempo, tiene un influjo funesto para la salud, pues el que se cree afectado de una enfermedad temida, perseguido de continuo por una idea fija que no puede alejar, se coloca en malas condiciones higiénicas, no se alimenta bien, no hace el ejercicio corporal necesario para una buena salud; su idea constante le quita el sueño, que no puede conciliar sino difícilmente; siempre perseguido de sus ideas fatídicas, se coloca, como se comprende, en malas condiciones, en circunstancias las mas favorables para adquirir un gran número de enfermedades.

Todos los dias se ven personas preocupadas que creen pade-

cer de alguna lesion del corazon ó de otra enfermedad incurable; estas personas consultan y cambian constantemente médicos, leen con avidez cuanto libro de medicina cae á sus manos, están constantemente fijas en su respiracion y en su pulso, y creen ver en todo, las manifestaciones de su terrible enfermedad: personas hay que jamas se acuestan del lado izquierdo, porque creen oír en los latidos de su corazon los constantes é importunos mensajeros de su incurable enfermedad, y de aquí viene que estas personas á la larga se enflaquecen, que sus digestiones se hacen laboriosas, que se ponen anémicas y que llegan al último término del estado mas infeliz; á esta perversion del instinto de la conciencia, es á lo que se llama hipocondría, enfermedad nerviosa, tormento de los médicos.

Veamos ahora *las enfermedades que la moral puede curar.*

—Numerosos son los casos auténticos que se tienen en la ciencia de las enfermedades que la moral ha hecho desaparecer. Así, la simple curiosidad de ver un espectáculo, ha producido lo que las medicinas en mucho tiempo no habian podido operar. En Paris se ha visto, con gran sorpresa de todo el hospital, á seis enfermos que hacia mucho tiempo estaban paralíticos, levantarse y andar para ver la llegada del embajador de Marruecos.

Se cita el hecho de una mujer de 62 años que tenia paralizado el brazo derecho, y de esto hacia 40 años: era de un genio muy irascible; en un acceso de cólera provocado porque su hijo le dijo que Dios no la habia castigado bastante con solo paralizarle un brazo, ella le contestó: que si Dios se lo habia paralizado, tambien se lo curaría, y miéntras decia estas palabras, levantó el brazo enfermo y con él le pegó á su hijo.

El hijo de Creso, mudo de nacimiento, viendo á un soldado que iba á matar á su padre, pudo gritar en aquellos momentos: *Soldado, no mates á Creso.*

Un médico estaba curando hacia mucho tiempo á un mudo;

habia ya agotado todos los recursos de la terapéutica más exigente, sin lograr absolutamente el menor alivio. Le dijo al enfermo que iba á ensayar por último un aparato, en el que tenia muchísimas esperanzas. Se le ocurrió primero colocarle el termómetro en la boca, y el enfermo se alucinó de tal manera, que creyó que era el maravilloso aparato de que antes le habia hablado el médico, y apénas se lo colocó dentro de la boca, comenzó inmediatamente á gritar, dándole las gracias y llenándolo de bendiciones porque le habia devuelto la palabra.

La historia nos cuenta que el médico Erasítrato descubrió, por medio de una estratagema, que la enfermedad del príncipe Antioco era producida y mantenida por una pasion fuerte, por un amor sin limites hácia su madrastra Estratónice. Sabiendo entónces la causa de la enfermedad, comprometió al rey á que le ayudase, por cuantos medios estuvieran á su alcance, á salvar á su hijo; y así es que lo primero que hizo fué obligarlo á que le cediera su mujer, desapareciendo de esta manera completamente la enfermedad que lo estaba matando.

En las jóvenes cloróticas, por más ferruginosos que se ministren, por más baños de agua fria y paseos al campo que se ordenen, por más vino y carne asada que se manden, la clorosis no desaparecerá si es producida y sostenida por una pasion, por un amor contrariado, por ejemplo, miéntras que por el contrario, se curará como por encanto y sin necesidad de ninguna preparacion ferruginosa, cuando á estas jóvenes se les hace concebir esperanzas, cuando se les dice que se unirán para siempre con la persona amada, cuando en sus cabezas hierva un mundo de ilusiones, en una palabra, cuando son, ó por lo menos se creen felices.

¡Cuántos paralíticos abandonados en medio de un incendio, el miedo y el terror de muerte semejante, les ha dado fuerzas para levantarse y correr!

Las afecciones morales pueden ser consideradas como venenos, que obran sobre el organismo del mismo modo que los que nos suministra el reino vegetal y mineral.

Presentan con los venenos las relaciones siguientes:

La cólera, la rabia, la desesperacion, obran como el eléboro, la nicotina, la belladona.

El temor, la ansiedad, como el acónito, como el ópio.

El terror, el pesar, el odio, el arrepentimiento, producen los efectos de la nuez vómica, de la estricnina, de la digital.

La vergüenza, obra como el ópio, la cantárida, la coloquintida.

El disgusto produce los efectos de la veratrina, del tártaro estibiado, de la hipecacuana.

La melancolía, la nostalgia, obran como el antimonio.

De manera que las afecciones morales hasta ciertos límites, pueden hacer las veces de medicinas; pero pasados estos límites, hacen las veces de verdaderos venenos, que matan produciendo los mismos síntomas que si se tomara á dosis fuertes cualquiera de las sustancias que he citado.

En consecuencia de lo que he dicho anteriormente, á los enfermos se les debe evitar todas las emociones desagradables. Cerca de ellos no ha de haber mucho ruido, ni mucha luz, ni olores fuertes capaces de obrar simpáticamente sobre el cerebro. No deben oír conversaciones largas y mucho ménos de materias abstractas, para no fatigar su pensamiento. Se les debe evitar con mucha más razon toda emocion fuerte para no producir el aumento de la fiebre si la hay, y en general la agravacion de todos los síntomas.

Cuando un médico es llamado para hacerse cargo de la curacion de un enfermo, debe hacerlo con muy buen humor, con afabilidad, con dulzura. La urbanidad en un médico estan necesaria como su ciencia, y en general los médicos más notables siempre se han distinguido por sus finos modales, sus maneras corteses

y en general por ese *no sé qué* que no es posible definir, pero que siempre agrada. Ahora, si á una persona buena y sana le gusta que se le trate de esta manera, le lisonjea que se le guarden ciertas atenciones, y miéntras estas atenciones son más insignificantes, más agradecidos se nos muestran; y si nos ponemos á reflexionar por qué ciertas personas nos atraen, y otras nos repulsan, veremos que es, porque unos nos guardan ciertas consideraciones que lisonjean nuestro amor propio (que creo no existe ningun hombre que deje de tenerlo, y muchas ocasiones valdría más que nolo tuviéramos), mientras que otros nos dan señales de desprecio, y es necesario no olvidar que éste nunca se olvida; así, más bien perdonaremos á un hombre que nos haya insultado, que al que nos haya despreciado. Digo, pues, que si á un individuo bueno y sano le gusta que se le trate de esta manera, con mucha más razon debe hacerse esto con un individuo enfermo, el cual por su misma enfermedad su genio varía, y esto sobre todo debe tenerse presente con las mujeres que son mucho más sensibles, y que á las cosas más insignificantes les dan una gran importancia. Así, las mujeres exigen la mayor atencion y delicadeza de parte de los médicos, quienes deben hacerse el debido cargo de la viveza de su imaginacion y de su gran susceptibilidad, y tener siempre presente los diversos estados de virginidad, embarazo, puerperio y lactancia, que exigen cuidados diferentes. Se les debe prescribir remedios gratos y moderadamente enérgicos, y atender, repito, particularmente al estado de sus funciones sexuales. La persuasion y la dulzura, una condescendencia racional, la castidad y el secreto, son las cualidades que el médico debe poner más en práctica con el bello sexo, y es necesario no olvidar que las mujeres son las que establecen la reputacion del médico.

Debe escucharse al enfermo con atencion aunque haya en su conmemorativo cosas evidentemente erróneas; debe hacérsele pa-

recer que se les discute seriamente y se les da cierto valor; pero esto únicamente hasta ciertos límites, porque el médico necesita cierto tino para no tocar estos casos sino ligeramente, para fijarse en puntos más capitales.

El médico no debe perturbarse por las quejas, gritos y lamentos, ni por la precipitacion de la mujer, de los hijos, de los criados y del mismo enfermo; debe conservar siempre la mayor serenidad, calma y despejo, disponiendo y ejecutando cuanto necesitare, del mismo modo que si reinaran al rededor de él una suma tranquilidad y silencio. En la marcha de una enfermedad peligrosa no nos deben asustar mucho las lágrimas de los amigos y parientes, pues fácilmente engañados por su corazon, exageran los peligros y sus temores; porque si el hombre que ha de socorrernos se espanta, si su presencia de ánimo le abandona, si su boca no puede abrirse á las dulces palabras del consuelo, entónces el peligro nos parece cierto, el ánimo desfallece, la esperanza huye, y se siente escapar el áncora de salvacion. Asi, es preciso que el médico, si no es impasible, sepa ocultar por lo ménos los movimientos de su alma, y que sus facciones, acordes con su lenguaje, no pinten jamas sino la esperanza ó la certidumbre de la curacion. En sus palabras y acciones, en sus preguntas y respuestas, en sus prescripciones y consejos, hasta en sus reprensiones, manifestará siempre que su ánimo atento y cuidadoso, se ocupa solamente del bien del enfermo, cuyo verdadero amigo es, y á cuyo alivio dirige todos sus pensamientos y deseos. Esta atencion y cuidado granjearán desde la primera visita al médico, y el enfermo adquirirá confianza, que tanto interesa al uno como al otro.

El médico debe poner mucha atencion y cuidado hasta en males que le parezcan de poca ó ninguna importancia, si quiere dar el correspondiente alivio é inspirar la debida confianza á los enfermos. Un médico ha de saber dar algunas veces una

gran importancia á males pequeños, y dar su opinion, no por la que de ellos se haya formado, sino por la que parece tener el que los sufre, pues no hay dolores pequeños para el que los padece, cada uno quiere ser compadecido, cada uno quiere, por decirlo así, saciarse del placer de hablar de lo que siente, y el médico jamas debe ser el primero en mudar el punto de la conversacion. Cuando ya se ha marchado (el médico), he oido decir á muchos enfermos: ni se ha ocupado bastante de mí; no quiso oir lo que le iba á decir; ¡cómo ha de conocer así la enfermedad! La verdad, no me gusta á mí este médico, etc., y otras cosas por el estilo. De esta manera el enfermo le pierde la confianza al médico, y ya hemos dicho que esto tiene su importancia.

Hay un medio bastante bueno para inspirar confianza: consiste en referir al enfermo, bajo la forma de preguntas, la sintomatología de su afeccion. He visto á un médico hacer esto, y despues que se ha retirado, he oido decir al enfermo con satisfaccion: ¡qué bien me ha conocido mi enfermedad! ¡Me ha dicho todo, todo lo que tenia!

Cuando el médico tenga necesidad de hacer una operacion, y esta es de aquellas en que no se puede administrar el cloroformo, jamas debe hablar con aspereza, ni mucho menos enojarse, mientras la está practicando. Se puede soportar con valor el dolor producido por el hierro y bendecir la mano que lo dirige cuando una voz suave y consoladora hace oir, en medio de los gritos y lamentos, los nombres de esperanza y de ventura; pero si al oído ofende el tono de repension y dureza, entónces cesa la paciencia, se acaba la fuerza de voluntad, el mal parece horroroso, y el facultativo un verdugo.

Una precaucion debe tenerse en los hospitales, y cuyo olvido he visto hacerse funesto: esta precaucion es, la de no poner jamas juntos dos enfermos semejantes, pues si esto sucede, se vuelven mutuamente observadores el uno del otro; calcula por

los de su vecino, los dolores que tiene que sufrir, porque comprende que á él le esperan otros semejantes, y si la enfermedad se termina por la muerte, como muchas veces sucede, á consecuencia de males incurables, calcúlese cómo quedará la moral del que sobrevive; entónces está cien veces herido del golpe mortal, y cae luego, y con razon, en un abatimiento de alma que indica la pérdida de toda esperanza, y llega al mismo término que su infeliz compañero, por un camino mil veces más doloroso.

Otra precaucion sumamente útil y humana, que debiera seguirse en todos los hospitales y que no se sigue no sé por qué causa, pues no demanda grandes recursos pecuniarios ni grande trabajo, es la de ocultar la agonía de los moribundos, y apartar la imágen de la muerte, en cuanto sea posible, de la vista de los enfermos, que no dejan de trastornarse más ó ménos con tan terrible espectáculo. Si en algunos casos importa quitar de la vista el cuadro tan terrible que nos presenta un moribundo, es precisamente cuando se halla colocado en medio de otros desgraciados que corren el mismo riesgo. Siempre es cruel esta falta de prevision, con que se dejan en los hospitales\* expuestas á los ojos de todos, las víctimas, todavía palpitantes, de la muerte. Bastaria tansolo, desde que un enfermo entrase en agonía, que se rodeara su cama de cortinas, ó que se trasladase á un lugar exclusivamente destinado para los moribundos. Quizá no se pueda poner esto en práctica; tal vez haya sus inconvenientes, que solo aprecian las personas versadas en estos negocios, porque las más veces es fácil decir de qué adolece una cosa; pero tambien, las más veces, es difícil el remediarla, y cuando se va á poner en práctica lo que parece tan obvio, surgen multitud de circunstancias inesperadas, que impiden se verifique

\* En el hospital de Jesus no pasa esto, porque cada enfermo tiene su cuarto respectivo.

y se lleve á cabo lo que á primera vista parecia tan sencillo.

Ya que el exámen se haya terminado y el diagnóstico establecido, el médico debe enunciar en ciertos términos la enfermedad que ha reconocido, para no impresionar de una manera fatal á su enfermo. Esta precaucion es absolutamente indispensable, cuando se trata de una de aquellas enfermedades graves que son conocidas de todo el mundo y que basta nombrarlas para espantar á ciertas personas.

Hay enfermos que exigen al médico les diga con toda franqueza el pronóstico de su enfermedad. ¿Y deberá el médico declarar á los mismos enfermos la situacion más ó menos grave en que se hallaren? Cuando tenga la seguridad de que la enfermedad se terminará favorablemente, absolutamente no hay inconveniente en declarárselo al enfermo; al contrario, le será muy provechoso; pero no sucede lo mismo cuando se tiene duda sobre el término de la enfermedad; entónces debe dársele al pronóstico cierta latitud, que ponga á cubierto la responsabilidad del médico en casos imprevistos. El vulgo considera como mejor médico al que mejor prevé. Ahora, ¿es tan difícil pronosticar, y pronosticar de la manera que á veces se quiere, matemáticamente, como si la medicina pudiera compararse á las ciencias exactas! Es muy comun que se le dirijan al médico estas preguntas: señor, ¿para tal dia estaré bueno? Si se contesta: aun no se puede saber, viene inmediatamente esta otra: ¿pues para cuándo? Si se trata de un moribundo: señor, ¿llegará á la noche? ¿Amanecerá mañana? ¿A qué horas morirá? etc., etc. He visto perder á un médico completamente su reputacion en una casa, únicamente porque dijo con cierto aire de autoridad que no era cosa de cuidado lo que tenia un enfermo, y morir este al dia siguiente. Ahora, cuando el pronóstico es grave, es necesario ocultárselo á los enfermos, pues no debe ofrecer sino esperanzas y consuelos, á los que han puesto

en su habilidad y cuidado toda su confianza. No debe el médico, en manera alguna, hacer perder esta preciosa confianza que tanto conviene para la curacion, ni debe, con sus palabras y acciones, introducir en el corazon afligido, y tal vez sumamente sobresaltado de los pacientes, la menor sombra de una fatal desesperacion, que pudiera, con más ó ménos prontitud, llevarlos al sepulcro. Así, no ha de dejarse engañar el médico, por la resignacion aparente que manifiestan algunos enfermos, al pedirle, con varios pretextos y fuertes instancias, que les declare dicho estado, pues esta peticion, al ser satisfecha, pudiera quitarles la vida al saberlo, como ya ha sucedido algunas veces; además, que hay pocos hombres capaces de oir verdades de esta especie. Aun cuando el enfermo exija que se le diga la verdad, para poder arreglar sus negocios, ó pretextando cualquier otro motivo, nunca se les debe declarar, positivamente, que sus dias están ya contados. Con especialidad los individuos muy sensibles y tímidos recibirán una impresion moral más fuerte, si fuese el médico el que les anunciase la fatal noticia; miéntras que diciéndoselo otra persona inteligente, que lo haga con mucho cuidado, la tremenda noticia disminuirá en parte sus efectos, por el modo con que se da á conocer. El médico, jamas, nunca debe dejar de dar esperanzas; estas esperanzas han de ser siempre de vida, y nunca se han de referir, ni aun indirectamente, á la muerte. No es á él á quien toca rasgar el velo que cubre á la inmortalidad y proclamar las verdades eternas. El hombre ménos pusilánime no veria más que la certeza de su peligro en las exhortaciones más sábias, si salian de la boca de aquel que acaba de medir la duracion de su vida. Así pues, desempeñando cada uno las atribuciones de su destino, y combinando prudentemente los auxilios espirituales y temporales, los consuelos y esperanzas de la religion y de la medicina, se hará mucho bien á los enfermos sin causarles mal alguno, se conse-

guirán las dos cosas que deben desearse, la salud del alma y la del cuerpo.

Ahora, hay casos en que el médico está autorizado para decir al enfermo su gravedad, como por ejemplo, cuando se obstinan en no querer hacer disposicion alguna hasta que el médico mismo les dé este aviso; cuando no quieren hacer caso del que les han dado los demas, y no se creen hallarse graves; cuando faltan los parientes y amigos; cuando los allegados no tienen valor para dar el desagradable aviso, que quizá es urgente, y apénas hay sugeto para darlo; cuando el médico conoce que los que rodean y asisten al enfermo, tienen interes en que no tome disposicion alguna, y se va agravando sin tomarla: en estos casos y en otros que no dejará de distinguir el médico, él mismo declarará al enfermo su situacion, aunque con suavidad y con modo, de manera que no los trastorne, ni los desespere, y que los obligue á hacer sin demora, lo que amistosamente se les aconseja.

Si he dicho que al enfermo se le debe ocultar el pronóstico de su enfermedad, cuando esta es grave, no sucede lo mismo con las personas de su familia, á las cuales no se les debe ocultar nada, absolutamente nada, y es necesario que el médico ponga mucho, muchísimo cuidado al dar su pronóstico; esto es muy importante, á veces más importante que el mismo diagnóstico, porque luego el enfermo ó su misma familia no están conformes con el que ha hecho el médico; pero si es cierto que el vulgo da mucha importancia al pronóstico, tambien es cierto que se paga mucho de él. Así, nunca le pesará al médico el trabajo que se haya tomado en dar su pronóstico lo más exacto que pueda.

He visto varias veces que los enfermos desahuciados ó moribundos son abandonados por los médicos; esto, además de ser inhumano es inmoral; el médico que lo hace, no cumple con su deber: cierto es, que es triste no poder arrebatarse de las garras

de la muerte á un enfermo; cierto es que, en parte, pierde su reputacion el médico, y que, en parte, su amor propio se encuentra herido, porque muchas personas creen, ó por lo ménos tratan de hacer creer, que el enfermo no se ha aliviado por falta de pericia del médico, y ¡hasta parece imposible! hay personas que dicen, y esto con cierto aire de satisfaccion, que el médico ha matado al enfermo, aun cuando se trate de enfermedades, por desgracia, completamente incurables. De esta manera es como son recompensados los trabajos, los desvelos, los sinsabores y los afanes de los médicos por salvar á sus enfermos; de esta manera se les desacredita, se les calumnia y persigue, y tal vez por aquellos á quienes han salvado, tal vez por aquellos que sin sus auxilios, estarían durmiendo el eterno sueño de la muerte. Se les fatiga mucho de dia, se les interrumpe el sueño por la noche, se les condena casi á una continua privacion de todos los placeres de la vida, se les paga poco ó nada, se les premia mal ó nunca lo que sirven al público. Se ven, pues, obligados á hacer los mayores sacrificios, para cumplir exactamente los sagrados deberes de su profesion, devorando innumerables penas y disgustos, é inmolando su vida entera al alivio de la humanidad. Así, es necesario, por triste, penoso y desagradable que sea, que el médico no abandone á los moribundos, sino que ponga todo cuanto esté de su parte, y si de esta manera no se curan sus males, sí, al ménos, se les darán alivios y consuelos, se mitigarán sus dolores, se alentará su espíritu decaído, se retardará el último soplo de su vida, se suavizará su agonía, y de esta manera se hará menos penoso y desagradable el tránsito á la muerte. Como la esperanza raras veces muere en el corazon del enfermo, le será muy agradable la presencia del médico, en quien quizá entónces confia más que nunca, y comprende que si no puede impedir la muerte, le prolongará muchas veces la vida por algun tiempo, que por corto

que fuere, podrá ser muy precioso para el enfermo que no hubiese hecho sus disposiciones anteriormente. Nunca se debe abandonar á los enfermos, aun cuando estos sean pobres y no puedan recompensar al médico.

Un moribundo es un sér sagrado que no puede verse con indiferencia. Alárguesele, por última vez, una mano consoladora, no se huya de su agonía, y la idea de la beneficencia médica venga á animar todavía su último pensamiento. ¡Cuántas veces el último á quien llaman, el último cuyo nombre pronuncian es el del facultativo!

Si he dicho que el médico debe retirar de sus enfermos toda emociion moral capaz de agravar su estado, es un deber de él emplear aquellas cuya influencia sea saludable. El tratamiento moral puede ser considerado como uno de los grandes recursos de la medicina. ¡Cuántas enfermedades hay que la influencia de la moral ha hecho desaparecer! Feliz, mil veces feliz el médico que sabe dominar la moral de su enfermo. Una mirada de él, una palabra, son suficientes á veces para operar prodigios. Es necesario saber inspirar confianza, y para el enfermo no hay disposicion más favorable. Entónces la fé se comunica á los enfermos, y es así que males considerados incurables, curan como por encanto, por ciertas prácticas religiosas, por el contacto de algun objeto sobrenatural. Por la confianza que el médico ha inspirado, ó por la exaltacion religiosa, la fé en los enfermos aumenta la accion de los medios terapéuticos y no hay cosa que ella no pueda producir. Pildoras de migajon de pan, ó de cualquiera otra sustancia completamente inerte, dadas como purgantes, han producido, en ciertos enfermos, evacuaciones abundantes. Basta la presencia del médico, para calmar dolores muy vivos, como la llegada del dentista hace desaparecer inmediatamente la odontalgía.

Como los ejemplos que he citado anteriormente, se podian

citar otros muchos, y todos ellos demuestran la influencia que la moral puede tener sobre lo físico, y el partido que un médico hábil puede sacar de esta disposición para la terapéutica. Inspirar confianza en el porvenir, sostener un valor abatido, reanimar la esperanza pronta á extinguirse, provocar la sonrisa en medio de las lágrimas, son cosas necesarias á un hombre de corazón, pero sobre todo al médico, porque conoce la misión ingrata, es cierto, pero caritativa, que llena con sus semejantes. Pero no es esto todo; su papel se eleva á lo sublime, cuando por la fuerza de su voluntad, y sin la ayuda de ningún agente terapéutico, dá por sus consejos al alma abatida de un moribundo, la energía moral de que tiene necesidad para levantar y reanimar su cuerpo, arrebatando de esta manera su presa á millares de gusanos que ansiosos la esperaban, ó lo que es más todavía, devolviéndoles la vida á un padre ó á una madre querida por sus hijos, ó á un hijo idolatrado por sus padres.

En resumen, las emociones morales, sobre todo las desagradables, son capaces de producir, y de hecho producen, numerosas afecciones, hasta la misma muerte; por consiguiente, es necesario evitarlas hasta donde sea posible; pero también, en cambio, las emociones morales agradables (no las muy fuertes), muchas veces han producido curaciones sorprendentes, y, por lo mismo, es necesario á todo trance buscarlas ó favorecerlas; en una palabra, se debe emplear á veces el tratamiento moral, como medio terapéutico principal, y siempre, siempre como auxiliar.

GERMAN OCHOA.